

MARINERO EN TIERRA

Francisco Javier ZUDAIRE

Escapábamos a borbotones del gris de aquellos años. Unas veces lo hacíamos soñando despiertos, y otras caíamos encandilados ante aquel encantador de serpientes.

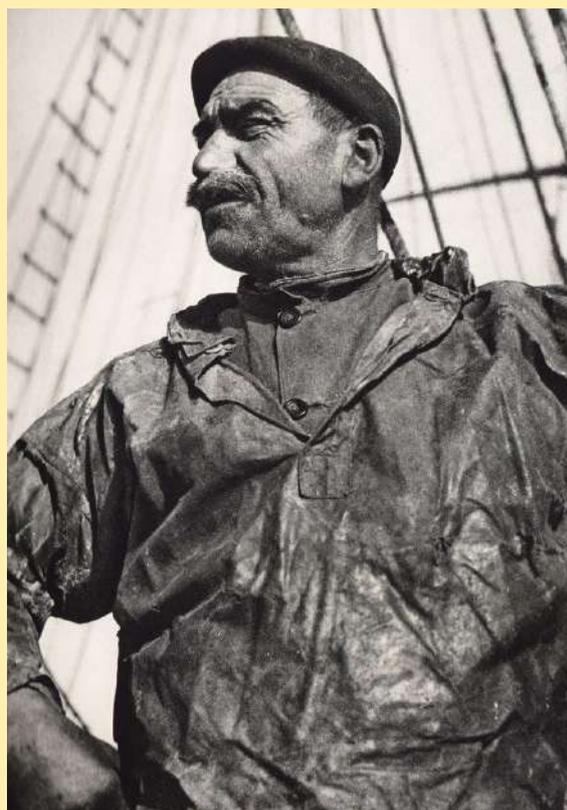
La historia terminaba así: «Cuando logramos taponar la vía de agua, caímos rendidos sobre la cubierta de proa y sólo el capitán seguía en pie, apoyado en la amura de babor, oteando en el horizonte, viendo con satisfacción cómo se alejaba aquel barco pirata que habíamos sido capaces de esquivar, primero, y ponerle distancia, después. Pero no os confundáis -seguía contando-, no entendáis la piratería como las viñetas dibujadas en los tebeos, yo os hablo de piratas de hoy, de los que roban y saquean en la mar con medios modernos y barcos aparentes, gentes sin parches en el ojo ni mucho menos borrachas de ron, eso debéis tenerlo en cuenta. Y si en esa ocasión escapamos a sus ataques, fue por la pericia en maniobrar del piloto, la potencia de nuestros motores y porque estábamos próximos a la costa de Hong Kong, en el Mar de la China, una zona infestada de patrulleras».



Así puso punto final a una aventura más de las muchas desgranadas en las tardes de invierno para placer de aquel grupo de imberbes y crédulos. Nosotros. No sabríamos decir en aquellos días de dónde venía ni qué mal paso le había hecho recalar en aquel cuchitril del Casco Viejo,

donde ponía tapas y medias suelas a una clientela básicamente femenina.

De lo que no puedo olvidarme, por saberlo de primera mano, es de su labia. La tenía a puñados, si bien aquella facilidad de palabra, en absoluto plúmbea, sólo era el aderezo de lo que verdaderamente importaba: sus historias, que fueron nuestras. He pensado muchas veces en cuántos relatos nos perderemos porque sus contadores no practicaban la escritura como vehículo para enamorar a más gente. Una pena.



Aquel personaje nos encandilaba con sus aventuras; nada de cuentos fabricados al otro lado de las murallas del Redín, no, nada de eso, eran aventuras vividas en sitios tan remotos para nosotros como Singapur o Argel, vivencias de cuando estuvo enrollado en un mercante -en dos etapas de su vida- o durante su estancia en la legión, a

sueldo de cualquier nación capaz de reconocerle el derecho a un plato caliente, una botella de grado y una paga.

Era difícil entender cómo aquel Roberto Alcázar o Capitán Trueno, según el gusto de cada cual, había terminado de zapatero remendón, cuando a todas luces era un auténtico héroe, un superviviente curtido en mil batallas. Como la ocurrida en una pequeña isla del sudeste asiático. Una noche de juerga, en los antros del puerto, nuestro protagonista se metió con otros marineros en un bar de muy mala nota -así lo contaba él, y nosotros entendíamos que el piano, como poco, estaría desafinado-, y decidieron jugarse el dinero en una de las timbas organizadas en los reservados. Nuestro zapatero perdió todos sus ahorros y hasta tuvo que regresar a bordo de un chinchorro para poner sobre el tapete todo su crédito. Salió mal, rematadamente mal.



Arruinado, el señor de la isla, dueño del garito y jugador de ventaja, le ofreció una última oportunidad: sería una apuesta descubierta y recuperaría todo el dinero, pero, si perdía, le cortarían un pie. Aceptó. Se hizo un elocuente silencio y de todas las mesas fueron a presenciar lo que, durante más de un año, sería la partida del siglo. Para que todo fuera legal, se estrenaron cartas y se concedió el privilegio de extraerlas del mazo a un viejo músico ciego que practicaba en el local por caridad y alguna que otra concesión a la carne (esto lo entendíamos como exóticos filetes, y no íbamos mal encaminados).

En apenas cinco minutos, los más tensos y extensos de su vida, nuestro héroe había perdido y saldado la deuda tras perder el

pie de un hachazo. El doctor del barco, un borracho crónico ajeno a cualquier facultad, incluso mental, detuvo con acierto la hemorragia y bastante peor el dolor y, más tarde, en el hospital de la isla le hicieron un mal apaño para seguir con vida. En este punto, el zapatero apoyaba la chaira en el potro, se subía la pernera del pantalón y nos enseñaba su boto derecho, luego se soltaba sus hebillas y observábamos el muñón. Era el colofón, el colorín colorado. Por eso, cuando aquel sucucho rematado en mostrador se cerró, a nosotros nos quedaron los recuerdos nimbados de unas batallas que durante años nos hicieron soñar con mares procelosos, piratas y gandallas perdularios.



Ni siquiera importó mucho, porque ya era otro tiempo, que el acelerado paso de la vida nos descubriera una realidad tan prosaica como brutal: supimos por boca de un destripasueños que las cuchillas de una segadora de mies fueron la única razón de la poda traumática de nuestro Salgari zapatero.

¿Y qué?, nadie es perfecto.